

Unidad de Políticas Comparadas (CSIC)

Documento de Trabajo 04-16

Identidades múltiples y mesocomunidades globales

Luis Moreno

Unidad de Políticas Comparadas
(CSIC, Madrid)

Lmorfer@iesam.csic.es

Ponencia presentada en el V Simposio de la Asociación Internacional de Ciencia Política, 'Globalización, Naciones y Gobernanza Multinivel: Estrategias y Desafíos', IPSA, Montreal, 24-26 Octubre, 2002

(Versión en inglés del presente texto, Documento de Trabajo UPC 02-25)

IDENTIDADES MÚLTIPLES Y MESOCOMUNIDADES GLOBALES

Luis Moreno

Resumen

Los efectos sociales auspiciados por las innovaciones de las telecomunicaciones han afectado poderosamente a las identidades territoriales y a los procesos de globalización. Aparentemente se trata de tendencias contradictorias que generan incertidumbres políticas y aceleran el cambio social. En este capítulo se reflexiona acerca de la conjunción de las dimensiones local y global y se analiza la progresiva consolidación de un nuevo localismo cosmopolita.

Tras revisar el concepto de identidad múltiple, se procede a una revisión de los efectos asociados al desarrollo de la mundialización, así como a la extensión de los valores del mercado y a la pérdida relativa de poder de los estados nacionales. A continuación se examina la creciente participación en los nuevos encajes políticos e institucionales de las mesocomunidades con vocación de participación global. Tales mesocomunidades pueden ser grandes ciudades o conurbaciones, regiones subestatales, naciones minoritarias o sin estado, y hasta pequeños estados-nación formalmente soberanos e integrados en uniones supranacionales. Merced a una capacidad institucional equidistante entre lo general y lo particular sus iniciativas y acciones políticas muestran cómo se pueden combinar recursos identitarios locales y participación global en un modo activo y eficiente.

Las referencias al contexto de la Unión Europea pretenden ilustrar cómo la interacción de los procesos ascendentes de transnacionalización y aquellos descendentes de descentralización han hecho posible un acceso más efectivo de la sociedad civil en la toma de decisiones políticas en los diversos niveles territoriales. Entre ellos cabe prestar una mayor atención al ámbito mesocomunitario en el desarrollo del proceso de europeización.

Introducción

En el momento en que las visiones universalistas de la existencia humana apuntaban hacia una fusión entre individualidad y globalidad, la especificidad grupal ha recobrado de nuevo su protagonismo societario. Cuando se especulaba con un tránsito al relativismo posmodernista, el ciudadano finisecular sigue afanándose en recrear añejas particularidades y raíces. De esta manera, se multiplican los referentes espaciales que legitiman la existencia social por la vía de la identidad (Anderson, 1983; Gellner, 1983; Hobsbawm, 1990, Giner, 2003).

La modernización trajo junto con el estado nación la noción de una identidad omniabarcante enraizada en los órdenes cívico y cultural. En el inicio del tercer milenio tal tipo de identidad

se encuentra en reflujo y es frecuentemente cuestionada¹. Al tiempo que la identidad nacional estatal ha sido corroída por las fuerzas de la globalización, su funcionalidad ha quedado expuesta a procesos de fragmentación, competición y elementos superpuestos de una múltiple y variada índole. La discontinuidad y heterogeneidad de los entramados sociales auspician que identidades diversas interactúen entre sí de una manera a menudo impredecible.

Los ciudadanos confrontan situaciones de una modernidad avanzada desde una cierta perplejidad. En la comprensión de su propia vida individual y colectiva han descubierto nuevos horizontes en un entorno de vertiginosas mutaciones y repentinas inseguridades. En no poca medida tales transformaciones han sido acentuadas por las innovaciones producidas por la nuevas telecomunicaciones.

En las sociedades plurales contemporáneas los ciudadanos se adscriben a grupos de referencia que pueden estar en concurrencia entre sí. Ello produce una multiplicidad de identidades sociopolíticas, dinámicas y a menudo concordantes, que no se manifiestan necesariamente de forma explícita. Así, y en contraposición a las prescripciones primordialistas², los marcadores identitarios de los ciudadanos devienen maleables e imprevisibles. Su expresión, mediante la movilización política o la participación social, depende en buena medida de circunstancias contingenciales, siendo variable su intensidad (Barth, 1969; Hobsbawm y Ranger, 1983; Brass, 1991; Cohen, 1992).

Para los científicos sociales un problema analítico considerable surge a la hora de establecer líneas divisorias en la autoidentificación de los ciudadanos, así como en la interpretación de las causas de movilización política que se relacionan con las identidades territoriales. Además, existen identidades múltiples compatibles en diversos grados y sujetas a una constante interiorización por los miembros de los grupos de adscripción (Melucci, 1989; Giddens, 1991; Smith, 1991; Greenfeld, 1992).

¹ En la década de los años 1990, poco más de un tercera parte de los encuestados (*World Survey Values*) consideraban como su principal identidad de referencia la nacional estatal, mientras que casi uno de cada dos entrevistados situaban en primer lugar la de su región o localidad (Norris, 2000).

² De acuerdo a la escuela primordialista, las identidades grupales son fruto inexorable del pasado y no se "eligen". La fuerza coercitiva primordial relaciona a los pares étnicos de forma inmediata e irreversible y no como resultado de la atracción personal, la necesidad táctica, el interés común o la obligación moral (Geertz, 1963, 1973).

La interacción entre lo local y lo global, el resurgir de las identidades territoriales, y la incidencia del ámbito mesocomunitario en la vida política y social contemporánea concentran la principal atención del presente trabajo. Recuérdese que otros ámbitos identitarios también quedan afectados por la globalización, tales como los relativos a la cultura, el género, las instituciones políticas, la religión o hasta las condiciones sociobiológicas de los individuos. Sin embargo, los análisis en este capítulo se circunscriben a la relación entre identidad y territorio. El marco general de análisis es el hemisferio occidental y, en particular, el contexto de la Unión Europea.

En la primera sección se efectúa una revisión conceptual del concepto de identidad múltiple. La discusión posterior se concentra en las implicaciones de la globalización y la extensión de los valores del mercado y la competición mundial en áreas antes reservadas a los estados, cuyos poderes e influencia han disminuido sensiblemente. A continuación se analiza el papel más proactivo de las mesocomunidades globales, principalmente en el ámbito de la Unión Europea. Semejante desarrollo se muestra en sintonía con la progresiva consolidación de un nuevo 'localismo cosmopolita', el cual persigue compatibilizar políticamente lo general con lo particular, conciliando los principios de exigencia democrática y subsidiariedad territorial.

Identidades duales y múltiples

El resurgir de las identidades etnoterritoriales³ ha ido parejo con un cuestionamiento del modelo centralista del estado unitario. En la politeyas⁴ plurales, la descentralización, la federalización y la subsidiariedad han pretendido el acomodo de la diversidad interna articulando un encaje institucional congruente con la pluralidad. En tales politeyas existen grupos y comunidades con diferencias de lengua, historia o tradiciones, los cuales han generado subsistemas electorales o canales propios para la representación de las élites y la

³ La etnoterritorialidad hace referencia a una dimensión conceptual donde se desarrollan conflictos identitarios y movilizaciones políticas, y en donde los principales actores sociales son los grupos étnicos con un anclaje geográfico delimitado. Tal referente territorial es identificable dentro de los límites de politeyas de composición plurales (Moreno, 1988; Rudolph y Thompson, 1992).

⁴ Esta noción, de índole más amplia, se basa en la vieja idea helénica de la *politeia*, la cual era considerada como el legítimo cuerpo político constitucional. A menudo 'politeyas' y 'estados' son términos que se utilizan de manera sinónima, aunque los últimos corresponden cronológicamente a tiempos más recientes. Recuérdese que la formación de los modernos estados tuvo lugar durante el período 1485-1789. Según el 'modelo de Europa' formulado por Stein Rokkan, tras esta primera fase siguieron otras tres correspondientes a los procesos de construcción nacional, de democratización de masas y de desarrollo de los estados del bienestar (Flora *et al.*, 1999).

articulación de intereses territoriales. (Keating, 1998/2001; Loughlin, 2001; Safran y Máiz, 2002).

Sin embargo, la emergencia de los movimientos políticos etnoterritoriales no se debe a un mero deseo de distintividad entre grupos. Las relaciones de interacción en el seno de los estados deben ser también analizadas como expresión de un apego creciente de las expectativas vitales de los ciudadanos al ámbito intermedio de la acción política. Las mesocomunidades incumben a una nivel subestatal equidistante entre la mera localidad, el estado nación y los agregados transnacionales (APEC, UE, MERCOSUR, TLCAN) y mundiales (BM, FMI, GATT, OCDE, OMC)⁵.

Las identidades territoriales en las mesocomunidades han servido de sólidos recursos políticos para la movilización política de grupos ‘subestatales’. Por extensión, la categoría analítica de las mesocomunidades bien podría incluir también a aquellos ‘pequeños’ estados nación culturalmente homogéneos los cuales, aún siendo países formalmente independientes, se hayan integrados en entramados institucionales transnacionales como la Unión Europea. No sólo por razones de tamaño y homogeneidad societaria, sino por sus ‘limitadas’ capacidades de implementación de políticas nacionales independientes, países como Dinamarca, Finlandia, Irlanda o Luxemburgo, han ‘perdido’ un nivel de soberanía que sitúa su capacidad operativa en un nivel similar al de mesocomunidades subestatales como Baviera, Cataluña, Escocia o Lombardía, pongamos por caso⁶.

En los estados multinacionales o de composición múltiple⁷ los ciudadanos incorporan en proporciones variables ambas identidades estatales y subestatales⁸. El grado de consenso y

⁵ Corresponden estos acrónimos a algunas de las organizaciones más representativas, tales como el Foro de Cooperación Asia-Pacífico (APEC), Unión Europea (UE), Mercado Común del Sur (MERCOSUR), Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), Banco Mundial (BM), Fondo Monetario Internacional (FMI), Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) y OMC (Organización Mundial del Comercio).

⁶ El resultado negativo del referéndum danés para ratificar el Tratado de Maastricht en junio de 1992, así como el ‘sí’ de la subsiguiente consulta en mayo de 1993, pero con opciones de salida (*opt-outs*), reflejan la incomodidad de este ‘pequeño’ y homogéneo miembro de la Unión Europea a aceptar la pérdida de poderes soberanos tradicionales. El ‘no’ mayoritario en el referéndum irlandés de junio de 2001 para la ratificación del Tratado de Niza también puede interpretarse como una reacción a las propuestas de armonización fiscal y de toma de decisiones comunitarias por mayoría y no por unanimidad. Posteriormente, el referéndum irlandés de octubre de 2002 arrojó una clara mayoría a favor del proceso de europeización.

⁷ En 1991, Daniel Elazar concluyó que cerca del 40 por ciento de la población mundial vivía en países formalmente autodefinidos como federaciones, mientras que otro 33 por ciento lo hacía en estados que habían

disenso interno en estas politeyas plurales dispone de una útil herramienta metodológica para la interpretación social y política en el análisis de la *identidad dual*⁹.

En los estados multinacionales o de composición plural los ciudadanos con identidad dual comparten sus lealtades institucionales entre ambos niveles de legitimidad política (estatal y subestatal) sin aparentes fracturas o contradicciones. Para el científico social la tarea de medir e interpretar los grados de lealtad compartida no es fácil, debido a la naturaleza fluctuante y cambiante de la dualidad identitaria. Así, las percepciones positivas en el ámbito regional o subestatal que se generan entre la ciudadanía respecto a las intervenciones estatales nacionales pueden contribuir a debilitar las autoadscripciones identitarias locales con un refuerzo del sentido de pertenencia al conjunto estatal, y viceversa. Variaciones en una u otra componente de la identidad dual se producen de acuerdo a percepciones subjetivas, si bien éstas son modeladas en forma colectiva. En realidad el refuerzo de una identidad sobre otra puede resultar en la completa desaparición de la *nacionalidad compuesta*. Ejemplos de tales evoluciones se pueden encontrar en países sujetos a procesos de descolonización, limpieza étnica o violencia política sectaria (*Commonwealth* británica, ex-Yugoslavia o Irlanda del Norte, por ejemplo).

adoptado modos y prácticas federales. Con la desaparición de la Unión Soviética y Yugoslavia tales porcentajes deberían ser revisados, aunque Rusia ha mantenido su organización política territorial como federación y otros países se han incorporado a las categorías antes mencionadas (Bélgica, España o la República Sudafricana).

⁸ O etnoterritoriales, donde se incluyen tanto las nacionales (sin estado) como las regionales. Respecto a las manifestaciones regionalistas y nacionalistas en el seno de estados plurales cabría preguntarse, ¿por qué no surge el nacionalismo sin estado en regiones con características geográficas e identitarias bien definidas? A este respecto podrían mencionarse los casos del *Languedoc*, en Francia, o el *Mezzogiorno* en Italia. Nótese que la demarcación conceptual entre la dimensión etnoterritorial y la expresión política de la misma es una línea explicativa satisfactoria pero de difícil objetivación y generalización. No obstante, los movimientos etnoterritoriales de carácter regionalista o nacionalista comparten y se atribuyen una autopercepción de la identidad grupal que contrasta con la del conjunto de la ciudadanía del estado en el que están inmersos (Keating, 1988, Moreno, 2002).

⁹ El ejemplo de España es ilustrativo. En todas las 17 Comunidades Autónomas (nacionalidades y regiones) hay una gran proporción de ciudadanos que expresan una identidad dual. La pregunta formulada en las sucesivas encuestas ha sido: 'En general, diría Ud. que se siente...(1) 'Sólo Andaluz, Catalán, Vasco, etc.'; (2) 'Más Andaluz, Catalán, Vasco, etc. que Español'; (3) 'Tan Andaluz, Catalán, Vasco, etc. como Español'; (4) 'Más Español que Andaluz, Catalán, Vasco, etc.'; o (5) 'Sólo Español'. En el período octubre 1990-Junio 1995 un grado de dualidad identitaria (categorías 2,3 y 4) fue manifestado por alrededor del 70 por ciento del conjunto de la población española, mientras que un 30 por ciento expresó una identidad única o exclusiva (categorías 1 y 5) (Moreno, 1997). Según datos de 2002, los porcentajes correspondían al 78 y 22 por ciento, respectivamente (CIS, 2003). Para un análisis del caso catalán, véase Moreno, Arriba y Serrano (1998). En el caso de Escocia / Reino Unido, las primeras encuestas utilizando dicha escala identitaria se efectuaron a mitad de los años ochenta (Moreno, 1988).

La existencia de este tipo de nacionalidad compuesta en algunos países europeos ha legitimado el establecimiento de parlamentos y ejecutivos regionales (Comunidades Autónomas españolas o administraciones ‘devueltas’ en el Reino Unido). Tales procesos de descentralización de poderes no sólo han preservado las identidades propias de las mesocomunidades implicadas, sino que han canalizado sus aspiraciones y sus prioridades por las políticas culturales, educacionales, lingüísticas y mediáticas. El rol de tales instituciones de autogobierno en la producción y reproducción de, por ejemplo, las identidades catalanas, escocesas, galesas o vascas ha sido crucial (Giner, 1986; Keating, 1996; Guibernau, 1999; Martínez-Herrera, 2002).

Los niveles supranacionales también pueden integrar identidades estatales y subestatales entre sí conflictivas. La cuestión a este respecto es si dos o más identidades subsumidas en un marco identitario superior, como el europeo, podrían superar su relación de incompatibilidad a nivel estatal / subestatal. Si así fuese, ¿cuál sería el resultado de la interacción entre las formas exclusivas de identificación en los casos, por ejemplo, de franceses / corsos, británicos / escoceses, belgas / flamencos, italianos / padanos o españoles / vascos?. En otras palabras, ¿podría el nivel identitario supranacional (europeo) ‘sustituir’ al estatal en el proceso de agregación territorial continental?

En el contexto de los estados nación las demandas de autogobierno por parte de las mesocomunidades están en consonancia con las manifestaciones variables de la dualidad en la autoidentificación de los ciudadanos. Así, a mayor prevalencia de la identidad primordial etnoterritorial sobre la identidad moderna estatal, mayor será la exigencia de autonomía territorial. Contrariamente, cuando más caracterizada se manifiesta la identidad estatal menor será la probabilidad de que aparezcan conflictos etnoterritoriales. En una situación límite de completa ausencia de uno de los componentes de la identidad dual, la fractura sociopolítica en el estado plural se reflejaría en movilizaciones por la secesión y el eventual desmembramiento territorial. Es decir, cuando los ciudadanos en una comunidad subestatal se identifican de manera exclusiva, el resultado institucional de tal antagonismo tenderá también a ser excluyente.

En los últimos decenios se ha producido una revitalización del debate relativo a las identidades colectivas y los derechos individuales¹⁰. Buena parte de los análisis formulados por los ‘nacionalistas liberales’ (Tamir, 1993; Miller, 1995) han subrayado las dificultades de acomodar identidades etnoterritoriales y sociedades diferenciadas en el seno de estados plurales, como podría ser el caso de Québec en la federación canadiense¹¹. Se ha argumentado al respecto que el multiculturalismo y las políticas de reconocimiento de las minorías son necesarias para integrar grupos e identidades diversas (Taylor, 1992; Kymlicka, 1995; Walzer, 1997). En el contexto de agregaciones territoriales supranacionales, como la Unión Europea, las políticas de la identidad y territorialidad experimentan una compleja articulación en la gobernanza de la vida política a diversos niveles. No en vano el proceso de europeización implica una confluencia de recursos y rendimientos de estados miembros que, aun compartiendo desarrollos históricos análogos y asumiendo valores de democracia y derechos humanos de naturaleza igualitaria, deben superar protagonismos y rivalidades nacionales seculares¹².

Pero si es bien cierto que asistimos a un creciente apego a los niveles de desarrollo institucional e integración cívica supranacional, también lo es un proceso paralelo de fortalecimiento de las mesoidentidades. Como resultado de todo ello, los ciudadanos en las democracias industriales avanzadas se muestran propensos a conciliar con ‘naturalidad’ sus identidades múltiples en un proceso que la ideología nacionalista (en sus variantes mayoritaria estatalista o minoritaria sin estado) intenta obstaculizar polarizando conflictivamente los distintos niveles de adscripción identitaria.

¹⁰ Ya en los años sesenta, Glazer y Moynihan (1963) cuestionaron el concepto de *melting pot* estadounidense, el cual reflejaba una visión del grupo hegemónico blanco, anglosajón y protestante (*WASP, White-Anglo-Saxon-Protestant*). En su estudio de la ciudad de Nueva York dichos autores concluyeron que las diferencias entre los descendientes de irlandeses, italianos, judíos, negros y puertorriqueños eran más evidentes que sus rasgos comunes como ciudadanos estadounidenses. Aquellos se constituían como grupos de presión (*interest groups*) en pugna con otros colectivos étnicos por preservar y mejorar sus intereses y posiciones en la sociedad estadounidense. Durante los años setenta y ochenta, los pluralistas culturales pasaron a considerar al asimilador *melting pot* como un ‘cuenco de ensalada’ (*salad bowl*), en el que los ingredientes (grupos étnicos, aunque no etnoterritoriales) conservaban sus peculiaridades culturales. Dicha perspectiva fue la antesala al desarrollo, durante los años noventa, del multiculturalismo.

¹¹ Québec y Canadá ofrecen un caso analítico respecto al cual se ha reflexionado profusamente sobre los fundamentos morales de la acomodación asimétrica territorial (Gagnon, 2001).

¹² Empero, el concepto de europeización no es preciso ni está ajustado a la dinámica que trata de describir. Es de carácter polisémico y está sujeto a diversas interpretaciones. Con todo, la europeización se ha ido consolidando con la gradual implantación de instituciones comunes, tales como el Convenio de Schengen, el Tribunal de Justicia o el Euro.

En ocasiones se ha considerado que la acomodación territorial para asegurar la estabilidad política e institucional en sociedades plurales o poliarquías es prácticamente imposible. Las alternativas, aducen, son la ruptura del estado o la consolidación de un tipo de autoritarismo hegemónico que preserve la unidad estatal (Dahl, 1971; Horowitz, 1985)¹³. Sin embargo, el acuerdo, la cooperación etnoterritorial y el federalismo no sólo constituyen una manera de superar conflictos y enfrentamientos en politeyas de composición plural, sino que auspician una profundización de la democracia al facilitar un acceso más efectivo de la sociedad civil a la formación de decisiones políticas e institucionales (Linz, 1997; Moreno, 1997).

Si a nivel supraestatal puede señalarse que los efectos de la globalización son primordialmente de naturaleza perceptiva (Strange, 1995), los vaticinios de que con la progresiva mundialización se produciría una disipación de los marcadores identitarios territoriales deben ser revisados. En general, la extensión de los valores de mercado se ha dejado sentir en un refuerzo de la individualización y de los valores de autointerés característicos de una cierta cultura anglosajona¹⁴. Como no podía ser menos las identidades colectivas y los estados nación se han visto afectadas por tales procesos analizados sucintamente a continuación.

Globalización, valores de mercado y el estado nación.

Como ya se ha apuntado, en el mundo contemporáneo, los mitos étnicos y las pertenencias grupales siguen conformando el substrato de buena parte de los anhelos y expectativas ciudadanas. En particular, las sociedades europeas tratan de reforzar los lazos seculares de integración en el seno de las familias¹⁵, o recrean las comunidades políticas de tamaño medio (mesocomunidades).

¹³ La posición de Robert Dahl se alinea en cierto sentido con la visión de Ernest Baker, quien sólo consideraba al secesionismo político y al autoritarismo como las dos opciones viables en poliarquías pluriétnicas. Al respecto, véase Walker Connor (1994: 124) y Juan J. Linz (1973: 103-4).

¹⁴ Tal aseveración no es generalizable en el caso del Viejo Continente, donde en ciertos sectores sociales se percibe a la globalización como un conjunto de ideas representativas de un estilo de vida importado desde Norteamérica. Según este sentimiento, globalización y universalización de la experiencia norteamericana de desregulación e individualización pretenden hacerse sinónimas (Fligstein, 1998).

¹⁵ Este es decididamente el caso de los países de la Europa del Sur. En España, por ejemplo, tres cuartas partes de los estudiantes de secundaria consideraban a la familia como el principal medio de socialización y el lugar donde se dicen las cosas importantes de la vida (CIS, 1996). En Italia, el 93 por ciento de los encuestados expresaba su confianza en la familia, lo que contrastaba con apenas el 20 por ciento hacia el estado (*La Repubblica*, 29 Nov., 2002)

Se producen, en paralelo, otros efectos de amplio alcance en línea con la extensión de la 'aldea global' (McLuhan y Powers, 1998). La mundialización, impulsada por la revolución de las tecnologías de la comunicación, ha afectado decisivamente al orden económico internacional. El creciente peso de los flujos financieros ha provocado una profunda reestructuración de las formas capitalistas y la constitución de una emergente sociedad red, caracterizada por su forma de organización reticular en la que los intercambios sociales son, básicamente, de índole mediática e informacional (Castells, 1997).

Ciertamente el aumento de las telecomunicaciones ha sido espectacular en los últimos decenios. Medios de comunicación como el correo electrónico se han extendido masivamente en los países más desarrollados y en algunos sectores, como el académico, su uso se ha prácticamente generalizado. La telaraña comunicacional (*World Wide Web*) ya permea buena parte de la vida cotidiana, no sólo en las relaciones corporativas y profesionales¹⁶, sino en las relativas al ocio de las generaciones más jóvenes socializadas en los soportes hipertextuales.

Una de las consecuencias palpables de estos desarrollos tecnológicos es el mayor grado de democratización en los procesos de difusión e intercambio de información. Como no podía ser menos, la revolución de las telecomunicaciones reproduce viejas dicotomías entre 'incluidos' o *insiders* (clases medias urbanas y con niveles educativos altos, principalmente) y excluidos o *outsiders* (clases subordinadas y con instrucción básica, mayores y población rural). Sin embargo, el acceso a los nuevos instrumentos de comunicación no posee un carácter socialmente restringido y su costo material no supone un impedimento para una gran mayoría de sus consumidores. Ello ha favorecido una difusión informacional que contribuye no sólo a la preservación de culturas minoritarias, sino a su conocimiento por parte de otras.

Pero el efecto de la globalización más palpable y relevante para nuestra discusión es el relativo a la superación del estado nación como arena central en la que se ha venido representando la trama de vida económica durante las dos últimas centurias. En realidad, el estado nación asiste como espectador, en muchas ocasiones pasivo, a la vorágine de las

¹⁶ Immanuel Wallerstein fue pionero en su análisis del sistema mundial, el cual superaba el enfoque estatista con un énfasis en la perspectiva global (1974). En los inicios de los años 1980 subrayó, de igual manera, la creciente importancia de los hogares como unidades básicas de producción en la economía mundial (Wallerstein, 1984).

transacciones financieras planetarias¹⁷. Su antaño influyente política económica se plega a las constricciones impuestas por los mencionados flujos. La mundialización conlleva, en suma, una transferencia de autoridad y poder de los estados a los mercados. La índole de la competición y las pautas de conducta domésticas e internacionales quedan conformadas por los nuevos uso del mercado global.

Las políticas económicas de los estados se hacen cada vez más dependientes de constricciones y factores externos fuera de su control (Camilleri y Falk, 1992; Schmidt, 1995). Pero la movilidad geográfica no sólo afecta a los flujos de capital. Otros factores productivos son también condicionados por el marco económico global, tales como los componentes industriales manufacturados en países con bajos costes laborales y subsiguientemente importados, ensamblados y mercantilizados en países ‘postindustriales’ centrales con destino a un mercado global¹⁸. El transporte internacional y un siempre mayor número de gestores ‘apátridas’ devienen igualmente transnacionales.

La globalización financiera ha implicado una transferencia de autoridad y poder desde los estados nación a los mercados, y una mayor congruencia entre las nuevas reglas de los mercados globales y las estrategias de las corporaciones multinacionales. Consecuencia de ello, se aduce, es la progresiva pérdida de territorialidad del nuevo capitalismo global. Así, al seleccionar los lugares dónde invertir, los analistas y estrategas financieros considerarían como criterio determinante el nivel de rentabilidad a obtener al margen de otras motivos de carácter territorial¹⁹.

Es cierto que los nuevos capitales globales disponen de una mayor perspectiva operativa que la tradicionalmente configurada por las fronteras nacionales. Sin embargo existen otros

¹⁷ Además su pasividad se torna en impotencia a la hora de controlar las internacionalizadas redes criminales, cuya capacidad de actuación desborda ampliamente el marco estatal. Contribuye a ello el hecho de que el sector ‘sumergido’ de la economía internacional cuente con la connivencia activa del sector financiero transnacional, como ilustra el ‘lavado’ de beneficios obtenidos por el tráfico ilegal de estupefacientes.

¹⁸ La compañía Boeing, por ejemplo, decidió eliminar su denominación de ‘Compañía estadounidense’ (*American corporation*). Debe significarse que buena parte de los componentes en la fabricación de sus aviones eran producidos en una docena de países fuera de los Estados Unidos. Otros competidores habían tomado una ventaja comparativa en la comercialización internacional de sus aeroplanos, caso del consorcio europeo Airbus.

¹⁹ William Greider (1997) sostiene que los flujos de capitales sólo se atienen al criterio de obtener mayores beneficios sin discriminaciones geográficas entre países. En cualquier caso, las crisis en Japón y el Sudeste asiático de finales de los años 1990 han confirmado el axioma de que los mercados financieros internacionales son inestables por naturaleza.

elementos cruciales en la determinación de los criterios de inversión relativos a los niveles de cohesión social, la ausencia de conflictividad política, o la estabilidad de las instituciones de los países potencialmente receptores de inversiones de capital global que necesitan ser tomadas en cuenta. Otros aspectos culturales y lingüísticos, o de capital humano y social, como los relativos a los sistemas educativos y de bienestar son asimismo fundamentales. Además, los procesos de toma de decisiones para las inversiones están altamente condicionadas por los líderes de opinión y los intereses mediáticos, ninguno de los cuales pueden considerarse territorialmente ‘neutrales’. Por todo ello, no resta sino subrayar el rol crucial que la territorialidad sigue manteniendo en el proceso de globalización.

Por su parte, los gobiernos nacionales también deben percibir el sentido de las orientaciones económicas globales. Como depositarios nominales de la soberanía política, sus acciones no pueden ser tomadas unilateralmente fuera de la ‘sintonía’ de los mercados globales. En los últimos tiempos ha sido evidente su limitada capacidad a la hora de negociar no sólo con las corporaciones multinacionales, sino para aplicar políticas económicas independientes y alternativas a las del resto de países competidores y / o aliados. El fracaso de los programas de planeamiento indicativo del primer gobierno Mitterrand a principios de los años 1980 es ilustrativo de las constricciones externas --perceptivas, en muchos casos-- sobre la soberanía nacional del país más estatalista de Europa²⁰.

Junto a los límites puestos por los mercados financieros internacionales a la soberanía de los estados nación, los ámbitos subestatales también han ejercido una gran presión a los gobiernos estatales con sus demandas de descentralización y autonomía para el desarrollo de sus propias políticas públicas. Ambos procesos conllevan considerables repercusiones para los poderes tradicionales de los estados nación y, en no pocas ocasiones se refuerzan entre sí. Así, por ejemplo, mesogobiernos²¹ y autoridades metropolitanas subestatales no necesitan

²⁰ Los gobiernos franceses después de la Segunda Guerra Mundial pusieron en marcha planes para el desarrollo económico. Éstos debían ser implementados en un modo jerárquico por el poderoso sector público francés y eran ‘indicativos’ de las prioridades industriales para el sector privado. El modelo funcionó satisfactoriamente en el periodo posbélico y favoreció notablemente el crecimiento de la economía francesa. Después de la victoria electoral socialista en 1981, el Gobierno Mauroy intentó poner en práctica una política económica expansionista claramente diferenciada de las de austeridad adoptadas por los países de su entorno europeo. No pasó mucho tiempo antes de que las políticas francesas sufrieran un giro copernicano y se alinearan con las del resto de los países centrales europeos.

²¹ Corresponden éstos a los órganos ejecutivos y administraciones de los niveles subestatales de gobierno, generalmente en estados plurales y descentralizados, y cuya labor está sometida al escrutinio legislativo de asambleas o parlamentos regionales (Moreno, 2002).

imperiosamente de la intervención racionalizadora de las burocracias y élites centrales estatales en sus relaciones supranacionales.

En realidad, las reglas del nuevo orden económico conciernen a menudo directamente a los niveles subestatales de gobierno. Éstos pueden promover acuerdos de relocalización industrial para la atracción de capitales globales sin requerir de la función de intermediación de los gobiernos centrales. A través de incentivos locales, planes de rediseño urbanístico, o favoreciendo pactos corporatistas entre patronal y sindicatos, los mesogobiernos y las autoridades metropolitanas pueden facilitar las negociaciones directas con las corporaciones multinacionales implicadas. Además, los mesogobiernos no circunscriben su acción a los escenarios domésticos. También persiguen involucrarse activamente como actores internacionales y han encontrado en la ‘paradiplomacia’ una actividad altamente rentable para la promoción de sus intereses institucionales (Lecours y Moreno, 2003).

La política territorial en las sociedades industrialmente avanzadas atraviesa cambios fundamentales respecto a lo que antes se consideraba el ‘exterior’. Los procesos de internacionalización, globalización y la construcción de agregados continentales se han convertido en elementos centrales para el estudio del regionalismo y los nacionalismos estatalista y sin estado. El estudio de los ajustes y desajustes entre los diversos niveles de gobierno se ha convertido en un área de análisis de especial interés para el científico social, a la que ahora dirigimos nuestra atención.

Europeización, subsidiariedad y gobernanza multinivel

Dado este trasfondo de internacionalización, el rol a representar por las politeyas de nivel medio, o mesocomunidades, adquiere cada vez un mayor protagonismo en muchos de los aspectos de la vida contemporánea. Ello coincide, asimismo, con una resurgir político en el nivel intermedio de la vida social fruto de la combinación de dos importantes factores: un creciente rechazo a la centralización estatalista favorecido por un mayor protagonismo de las políticas supranacionales, y un refuerzo de las identidades etnoterritoriales y las culturas societarias subestatales.

Las mesocomunidades han dejado de depender en exclusiva de los programas de construcción nacional estatal desarrollados durante los siglos XIX y XX: Sus propios *entrepreneurs*, líderes

sociales e intelectuales han adoptado muchas de las iniciativas y funciones reservadas en el pasado a las élites ‘ilustradas’ centrales, las cuales monopolizaban el poder y establecían mecanismos de cooptación territorial desde la periferia hacia el centro estatal. Las posiciones de influencia están ahora más desconcentradas geográficamente permitiendo una mayor capacidad de intervención política desde los niveles subestatales. Además las carreras de los políticos y decisores públicos (*policy makers*) no siempre se encaminan a asumir responsabilidades en el gobierno central, donde tradicionalmente se concentraban los cargos más ambicionados, las posiciones de mayor influencia, y donde los dirigentes de ‘éxito’ debían concluir sus trayectorias profesionales. En la actualidad, no son pocos los representantes políticos que comienzan y concluyen ininterrumpidamente sus carreras políticas en cargos ‘regionales’, algo que no les impide ejercer autoridad y proyección a nivel estatal y, aún, supraestatal²².

El referente supranacional en el proceso de convergencia europeo conlleva un elemento de cosmopolitismo inherente a la propia cultura del Viejo Continente, y que afecta igualmente a los niveles subestatales. Ante los problemas económicos encarados por la UE en el contexto de la competencia global, se ha especulado con la idea de la secesión del Viejo Continente de la economía mundial y el establecimiento de la ‘fortaleza Europa’ (*fortress Europe*). Según una visión ‘progresista’ de tal idea, el levantamiento de un muro aduanero preservaría las conquistas sociales de generaciones de esforzados europeos, amén de mantener un compensado ritmo de crecimiento. Se conseguiría, así, la creación de nuevos trabajos, con un mayor reparto del empleo y una reducción de la jornada laboral. La inmigración, estrictamente regulada, completaría un ‘círculo virtuoso’ de bienestar y progreso. Cabe pensar, sin embargo que la naturaleza del proceso de Europeización haría impracticable el establecimiento de semejante estrategia autárquica. Un curso aislacionista tal abocaría al europeísmo a una mudanza de valores, cuando menos, incompatible con su común matriz común cosmopolita.

²² En España, el caso más ilustrativo es el del nacionalista Jordi Pujol, presidente de la Generalitat de Cataluña durante veintitrés años, el cual ha ejercido una influencia en la política española y europea muchísimo mayor de la que ‘aritméticamente’ hubiera correspondido al peso electoral de *Convergencia i Unió*. Además, miembros de esta coalición han rechazado en varias ocasiones cargos ministeriales en el ejecutivo español manteniendo una política de alianzas efectiva pero sin implicación directa en las responsabilidades del gobierno central.

Desde una visión alternativa, y con el objetivo final de consolidar una ‘comunidad de confianza’²³ que desmantelase progresivamente las fronteras internas europeas, el proceso de Europeización debería reorientarse hacia la transferencia de mayores responsabilidades y poderes a los niveles intermedios de la gobernanza continental en el contexto de un mundo abierto y globalizado. En este sentido, dos son los elementos a identificar como principales responsables de la mayor relevancia política y social del nivel mesocomunitario en la Unión Europea: (a) Un refuerzo de las identidades etnoterritoriales; y (b) La implantación del principio de subsidiariedad.

(a) *El refuerzo de la identidades etnoterritoriales* ha contribuido a dinamizar las sociedades civiles subestatales. Los ejemplos de una movilización civil diferenciada no se circunscriben sólo a las variaciones ‘regionales’ de las pautas electorales estatales (CiU-Cataluña, CSU-Baviera, Lega-Padania o SNP-Escocia, pongamos por caso ejemplo). En realidad, los movimientos y actores sociales han sintonizado con unos ámbitos subestatales adaptados a las necesidades cambiantes de las sociedades postindustriales. A menudo ha sucedido que los aparatos de las administraciones estatales centrales se han mostrado inadecuados para responder con agilidad a las iniciativas ‘desde abajo’. Así, mesocomunidades tales como naciones sin estado (Cataluña o Escocia), regiones (Bruselas o Véneto), y áreas metropolitanas (Londres o Berlín)²⁴, e incluso naciones ‘pequeñas’ con economías volcadas hacia el exterior (Dinamarca o Irlanda), han sido capaces de auspiciar efectivas políticas innovadoras y de desarrollo socioeconómico. En éstos ámbitos culturales, económicos, políticos y sociales intermedios las identidades etnoterritoriales no se manifiestan necesariamente de un modo defensivo o ‘provinciano’, sino que muestran una disposición por recrear sus propias culturas cívicas locales mirando ‘hacia afuera’.

²³ O *community of trust*, según expresión de Stein Rokkan. De acuerdo al macro modelo analítico del malogrado científico social noruego, la acomodación de estructuras de fracturas sociales (*cleavage structures*) sedimentadas durante siglos de historia es el prerequisite a cualquier intento político de hacer desaparecer las fronteras internas en una Europa supranacional (Flora *et al*, 1999).

²⁴ Otras conurbaciones, tales como las de Madrid y París, han recreado igualmente culturas cívicas locales junto a sus tradiciones cosmopolitas. A pesar de sus heterogeneidades étnicas, las grandes áreas metropolitanas también están en condiciones similares a otras mesocomunidades a fin de desarrollar sus potencialidades al margen del control centralizador de las instituciones estatales centrales. Un asunto diferente es la radicación de las burocracias (o ‘Eurocracias’, en el caso bruselense) en sus territorios. No pocos de estos funcionarios adoptan actitudes neocentralistas al poseer una percepción de que las ciudades que son capitales administrativas de sus estados constituyen la ‘encarnación’ institucional por excelencia de sus respectivos estados nación.

A este respecto se ha hablado del florecimiento de un nuevo comunitarismo en la Europa occidental, aunque habría que cualificarlo respecto a la casuística estadounidense donde se ha prescrito el renacimiento de la comunidad de base local (Etzioni, 1993). No pocas de las experiencias comunitaristas norteamericanas, sin embargo, caben ser interpretados como son actos reflejos defensivos ante fracturas sociales apremiantes (criminalización), respuestas instrumentales ante las constricciones urbanísticas (zonas residenciales suburbanas), o instancias de socialización alternativas a las prácticas sociales imperantes (individualismo posesivo). En este sentido, el comunitarismo norteamericano es socialmente defensivo e inclinado ‘hacia adentro’.

En el caso de las mesocomunidades del ámbito europeo occidental más que la aparición de ‘identidades de resistencia’ ante la avalancha de un poder ‘abstracto’ de tecnología e información, se ha producido una reaserción de ‘identidades proyecto’ de base territorial dotadas de una clara vocación proactiva basada en poderosos referentes simbólicos del pasado (cultura, historia, pertenencia geográfica)²⁵. Tales identidades se generan desde una base común pero se implican en desarrollos innovadores que tratan de superar los efectos desnaturalizantes de la hipermodernidad²⁶. Sus manifestaciones no se refugian en un mero localismo reactivo donde existen las ‘certezas’ de una identidad exclusiva y excluyente, sino que se sirven de las afinidades colectivas locales para desplegar actitudes participativas también en los ámbitos estatales y supraestatales.

(b) *El principio de subsidiariedad* fue recogido en el Tratado de la Unión Europea de 1992, conocido como Tratado de Maastricht. Con carácter general, se establece que las decisiones se tomen transnacionalmente (por las instituciones comunitarias) sólo si los niveles estatal, regional y local no están en mejores condiciones para realizarlo. En otras palabras, el ámbito preferido para los procesos de toma de decisión pública debe ser el más próximo al ciudadano²⁷. Las élites políticas estatales, recelosas de la pérdida de poder e influencia ante la

²⁵ Para Manuel Castells (1997) las ‘identidades proyecto’ no parecen apoyarse en las antiguas identidades de la sociedad civil de la era industrial, sino del desarrollo de las identidades resistencia actuales. El argumento es circular en su dimensión territorial, ya que en el caso norteamericano no cabe aducir la existencia de ese tipo de identidades etnoterritoriales que si están fuertemente arraigadas en muchas mesocomunidades europeas.

²⁶ El término ‘desnaturalizante’ se emplea en su acepción de privar de derechos de ciudadanía --o de precarizar la capacidad real de su ejercicio-- en las democracias contemporáneas (Moreno, 2000a).

²⁷ En realidad el Tratado de Maastricht contiene dos definiciones de subsidiariedad diversas. La primera es de carácter sustantivo y está recogida en el Preámbulo y el Art. 1, en los que se expresa una idea política amplia y

evolución del proceso de Europeización, han insistido en interpretar el principio de subsidiariedad como una salvaguarda para preservar la soberanía tradicional de los estados miembros y, por ende, su propia capacidad como actores políticos principales en sus respectivos países y en el conjunto de la UE.²⁸

La subsidiariedad favorece la participación de todos los niveles administrativos en la gestión de la ‘cosa pública’, incluida la dimensión extraterritorial o global. Además incentiva la cooperación intergubernamental en el entendimiento de que el papel de los estados nación será cada vez menos jerárquico de lo que ha sido hasta el momento. Al quedar entrelazadas, las identidades territoriales reflejarían el apego y las lealtades de los ciudadanos a las diversas instituciones de la legitimación política; municipalidades, regiones, estados y Unión Europea. La responsabilidad democrática y de dación de cuentas (*democratic accountability*) conformaría la vida política de las instituciones territoriales, las cuales reflejarían políticamente las diversas identidades de pueblos y colectivos en todos los niveles de la gobernanza europea.

Con relación a la inmigración extracomunitaria en el Viejo Continente es innegable que sus efectos han sido importantes y han generado sentimientos de xenofobia instrumentalizados por partidos de índole racista y exclusivista. El aprovechamiento demagógico del fenómeno migratorio por parte de algunas élites y plataformas políticas subestatales no puede ser ocultado²⁹. Tampoco lo debe ser la constatación de que los inmigrantes dispuestos a asumir los valores europeos de tolerancia y pluralismo cívico no encuentran dificultades mayores de inserción social en sus comunidades de ‘acogida’, es decir en municipios y mesocomunidades. Una vez más la dimensión intermedia de la vida política en Europea se

conceptual respecto a la proximidad y proporcionalidad de las decisiones a tomar. La segunda definición incluida en el Art.5 (antes 3b) es de carácter procedimental y su implementación legal no ha dejado de ser problemática (van Hecke, 2003).

²⁸ Hasta hace unos años, el caso del Reino Unido era paradigmático en cuanto al rechazo de las élites estatales a implementar ‘hacia abajo’ el principio de subsidiariedad. En particular los gobiernos de Thatcher, apoyados en la interpretación constitucional de la supremacía del parlamento de Westminster, se opusieron no sólo a la regulación proveniente de las instituciones comunitarias, sino a la devolución de poderes a las naciones constitutivas del Reino Unido y eliminaron, asimismo, el Consejo Metropolitano de Londres (*Greater Council of London*). Tras la llegada al poder de los ‘nuevos laboristas’, y merced en buena medida a las presiones del ‘lobby’ escocés dentro del partido de Tony Blair, la *devolution* fue implementada en primer lugar en Escocia tras el referéndum celebrado en 1998.

²⁹ El discurso ‘oficial’ de algunas formaciones regionalistas es el de ‘contener’ a toda costa la inmigración clandestina, mientras que no pocos de sus partidarios contratan los servicios de inmigrantes bien sea para tareas productivas en la ‘economía sumergida’ o para faenas domésticas.

sitúa estratégicamente ante uno de los fenómenos ‘territoriales’ que más poderosamente influirán en la futura cohesión y progreso de las sociedades europeas.

Conclusión: localismo cosmopolita en Europa

Los procesos de transnacionalización ascendente (*bottom-up*) y de descentralización descendente (*top-down*) han facilitado la propagación en Europa de un tipo de *localismo cosmopolita* (Moreno, 2000b). Ello se refleja en ambos intereses societarios, aparentemente contrapuestos, de desarrollar un sentimiento de identidad y pertenencia próximo al ciudadano, y de participar activamente en el contexto global. Se produce, de tal manera, un ajuste y conjunción entre lo particular y lo general, entre lo propio y lo ajeno³⁰. Además los ciudadanos muestran su disposición a integrar complementariamente identidades correspondientes a los diversos niveles políticos de las instituciones territoriales (municipales, regionales, nacionales, supraestatales).

El localismo cosmopolita europeo se relaciona principalmente con politeyas de tamaño medio, generalmente subestatales, aunque también cabe tomar en cuenta a grandes áreas metropolitanas y naciones formalmente soberanas, entre las cuales algunos futuros estados miembros son de reducidas proporciones (Malta, Chipre o Estonia)³¹. Algunas mesocomunidades enlazan con un pasado autónomo y floreciente como fueron algunas ciudades-estado y principidades en el período anterior al descubrimiento del continente americano. Sin embargo, y en contraste con el período del Renacimiento, ahora existe un ligamen institucional superior y común representado por las instituciones comunitarias europeas. Ciertamente, la mayoría de los ciudadanos europeos miembros de las mesocomunidades han interiorizado los órganos de la UE, aún parcialmente y a menudo

³⁰ Estos procesos de descentralización y Europeización se desarrollan en un período de crecimiento económico estable caracterizado por la ausencia de guerras entre los otrora poderosos estados-nación. Existen visiones de futuro alternativas que asocian a la globalización la posibilidad siempre latente de nuevos conflictos entre los estados, de ‘guerras’ comerciales entre las regiones mundiales, o del incremento del fundamentalismo religioso y la xenofobia con efectos potencialmente explosivos (Chomsky, 1994).

³¹ Cuyas poblaciones, de 0,4, 0,7 y 1,3 millones de habitantes respectivamente, se comparan con las de mesocomunidades no formalmente soberanas pero con gobiernos y parlamentos autónomos como es el caso de los *länder* alemanas, las *regioni* italianas, las *Comunidades Autónomas* españolas o las *devolved* administraciones británicas. El encaje institucional de estas últimas *partner regions*, que disponen de poderes ejecutivos y legislativos propios, en la gobernanza multinivel de la Unión Europea es uno de los asuntos con mayor calado político a medio plazo en el proceso de europeización.

confusamente. A resultas de ello sus actitudes, percepciones y expectativas asumen una perspectiva que trasciende el mero localismo de antaño.

La responsabilidad democrática de dar cuentas y la participación activa de los ciudadanos en la vida pública intergubernamental han sido identificadas como prioridades por la propia Comisión Europea, gobierno ‘central’ visible en la gestión de los asuntos cotidianos comunitarios (Comisión, 2000). Tales prioridades de democratización y subsidiariedad afectan a toda la gobernanza multinivel europea. En algunos casos son obvias las dificultades de implantar nuevas políticas bien sea desde el ámbito comunitario como desde el estatal. Respecto al primero no parece aconsejable adoptar una puesta en vigor de programas con responsabilidad directa desde Bruselas, en particular respecto a áreas próximas al ciudadano condicionadas por las culturas nacionales y locales como es el caso de las políticas sociales y del bienestar³². Pero tampoco parece conveniente que los estados miembros sean únicos responsables en el control de marcos de intervención pública que ‘desbordan’ las geografías nacionales (caso de telecomunicaciones, por ejemplo) o que intenten ‘recentralizar’ competencias ya descentralizadas a las mesocomunidades, las cuales han mostrado sus capacidades de adaptación, iniciativa y gestión. Los trabajos de la Conferencia Intergubernamental, según el acuerdo tomado por los jefes de estado y gobierno en la cumbre de Niza del año 2000, desvelará la prevalencia de la visión de una Unión Europea más jerárquica y controlada por las élites políticas estatales o más inclinada a favorecer la descentralización democrática de poderes y competencias a los niveles subestatales.

La expresión del localismo cosmopolita es consecuencia en buena medida del propio proceso de europeización, el cual a su vez es una compleja articulación de gobernanza multinivel que integra sistemas culturales e identidades territoriales de larga trayectoria histórica tanto estatales como subestatales. La generalización de la confianza política en Europa dependerá de la aceptación por los ciudadanos de un proyecto transnacional que también facilite las iniciativas y la toma democrática de decisiones en su proximidad. Así la superación de

³² Esta área de las políticas públicas está altamente condicionada por las culturas y los estilos de vida locales y, por tanto, es menos probable que sea gestionada de manera homogénea y centralizada desde un centro supranacional. Ello no es obstáculo para que haya un creciente interés académico en el análisis comparado de los programas de bienestar desde una perspectiva europea (Kunhle, 2000; Taylor-Gooby, 2001).

seculares rivalidades y desencuentros entre estados evitará ser percibida como un proceso dirigido ‘desde arriba’ con el beneplácito de los centralismos estatales* .

* El presente texto se redactó dentro del programa de actividades desarrolladas con la ayuda concedida por la Secretaria de Estado de Educación y Universidades (PR2002-0200). Agradezco a Enric Martínez-Herrera la lectura crítica de primeras versiones en inglés y castellano de este texto.

Referencias bibliográficas

Anderson, Benedict (1983), *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. Londres: Verso (Ed. castellano, 1993, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica).

Barth, Fredrik (ed.) (1969), *Ethnic Groups and Boundaries. The Social Organization of Culture Difference*. Boston: Little, Brown & Co (Ed. castellano, 1976, *Los grupos étnicos y sus fronteras: La organización social de las diferencias culturales*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Brass, Paul (1991), *Ethnicity and Nationalism. Theory and Comparison*. Nueva Delhi: Sage.

Camilleri, Joseph y Falk, John (1992), *End of Sovereignty? The Politics of a Shrinking and Fragmenting World*. Aldershot: Edward Elgar.

Castells, Manuel (1997), *El poder de la identidad*. (Vol. 2, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*). Madrid: Alianza.

--(2003), 'El poder de la identidad', *El País*, 18 Febrero.

Chomsky, Noam (1994), *World Orders, Old and New*. Londres: Pluto.

CIS (1996), *Estudio 2.221*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

-- (2003), *Estudio 2.455*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Comisión Europea (2000), 'Shaping the New Europe. Strategic Objectives 2000-2005'. Bruselas: COM (2000) 154 final.

Connor, Walker (1994), *Ethnonationalism. The Quest for Understanding*. Princeton, NJ: Princeton University Press (Ed. castellano, 1998, *Etnonacionalismo*. Madrid: Trama).

Cohen, Anthony (1992), *The Symbolic Construction of Community*, 1ª ed., 1985. Londres: Routledge.

Dahl, Robert (1971), *Polyarchy, Participation and Opposition*. New Haven: Yale University Press (Ed. castellano, 1990, *La poliarquía. Participación y oposición*. Madrid: Tecnos).

Elazar, Daniel (1991), 'Introduction', en Elazar, Daniel J. (ed.), *Federal Systems of the World: A Handbook of Federal, Confederal and Autonomy Arrangements*, pp. ix-xxiii Harlow: Longman.

Etzioni, Amitai (1993), *The Spirit of Community. Rights, Responsibilities, and the Communitarian Agenda*. Nueva York: Crown.

Fligstein, Neil (1998), *Is Globalization the Cause of the Crises of Welfare States?* Working paper SPS 98/5. Florencia: Instituto Universitario Europeo.

Flora, Peter; Kuhnle, Stein y Urwin, Derek (eds.) (1999), *State Formation, Nation-Building and Mass Politics in Europe. The Theory of Stein Rokkan*. Oxford: Oxford University Press.

Gagnon, Alain-G. (2001), 'The moral foundations of asymmetrical federalism: a normative exploration of the case of Québec and Canada', en Gagnon, Alain-G. y Tully, James (eds.), *Multinational Democracies*, pp. 319-337. Cambridge: Cambridge University Press.

Geertz, Clifford (ed.) (1963), *Old Societies and New States. The Quest for Modernity in Asia and Africa*. Nueva York: Free Press.

-(1973), *The Interpretation of Cultures*. Nueva York: Basic Books.

Gellner, Ernest (1983), *Nations and Nationalism*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.

Giddens, Anthony (1991), *Modernity and Post-Modernity: Self and Society in the Late Modern Age*. Cambridge: Polity Press.

Giner, Salvador (1986), 'Nacionalismo étnico: centro y periferia en España', en Hernández, Francesc y Mercadé, Francesc (eds.), *Estructuras sociales y cuestión nacional en España*, pp. 436-60. Barcelona: Ariel.

-- (2003), 'Jano bifronte: la ambivalencia del nacionalismo', en Giner, Salvador, *Carisma y Razón*, pp. 213-222. Madrid: Alianza.

Glazer, Nathan y Moynihan, Daniel (1963), *Beyond the Melting Pot*. Cambridge, MA: M.I.T & Harvard University Press, 1963.

Greenfeld, Liah (1992), *Nationalism. Five Roads to Modernity*. Londres: Harvard University Press.

Greider, William (1997), *One World, Ready or Not: The Manic Logic of Global Capitalism*. Nueva York. Simon & Schuster.

Guibernau, Montserrat (1999), *Nations without States*. Cambridge: Polity Press.

Hobsbawm, Eric (1990), *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth and Reality*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hobsbawm, Eric and Ranger, Terence (eds.) (1983), *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.

Horowitz, Donald (1985), *Ethnic Groups in Conflict*. Berkeley, CA: University of California Press.

Keating, Michael (1988), *State and Regional Nationalism. Territorial Politics and the European State*. Brighton: Harvester Wheatsheaf.

-- (1996), *Naciones contra el Estado. El nacionalismo de Cataluña, Quebec, y Escocia*. Barcelona: Ariel.

-- (1998), *The New Regionalism in Western Europe. Territorial Restructuring and Political Change*. Cheltenham: Edward Elgar.

--(2001), 'So Many Nations, So Few States: Territory and Nationalism in the Global Era', en Gagnon, Alain-G. y Tully, James (eds.), *Multinational Democracies*, pp. 39-64. Cambridge: Cambridge University Press.

Kuhnle, Stein (ed.) (2000), *The survival of the European Welfare State*. Londres: Routledge.

Kymlicka, Will (1996), 'Derechos individuales y derechos de grupo en la democracia liberal', *Isegoría*, nº 14, pp. 5-36.

Lecours, André y Moreno, Luis (2003), 'Paradiplomacy: A Nation-Buidling Strategy?', en Gagnon, Alain-G., Guibernau, Montserrat y Rocher, François (eds.), *Conditions of Diversity in Multinational Democracies*. Montreal: IRPP/McGill-Queen's University Press.

Linz, Juan J. (1997), *Democracy, Multinationalism and Federalism*. Working Paper 1997/103. Madrid: Instituto Juan March (CEACS).

Loughlin, John (2001), *Subnational Democracy in the European Union: Challenges and Opportunities*. Oxford: Oxford University Press.

Martínez-Herrera, Enric (2002), 'From nation-building to building identification with political communities: consequences of political decentralisation in Spain, the Basque Country, Catalonia and Galicia, 1978-2001', *European Journal of Political Research*, 41(4): 421-453.

Melucci, Alberto (1989), *Nomads of the Present*. Londres: Hutchinson Radius.

Miller, David (1995), *On Nationality*. Oxford: Clarendon Pres.

Moreno, Luis (1988), 'Identificación dual y autonomía política', *REIS*, (42): 155-174.

-- (1997), *La federalización de España. Poder político y territorio*. Madrid. Siglo XXI.

- (2000a), *Ciudadanos precarios. La 'ultima red' de protección social*. Barcelona: Ariel.
- (2000b), 'Localismo cosmopolita y mesogobiernos', *Claves de Razón Práctica*, 100: 38-43.
- (2002), 'Global y local: Identidades territoriales y mesogobiernos', en Safran, William y Máiz, Ramón (coords.), *Identidad y autogobierno en sociedades multiculturales*, pp. 97-111. Barcelona: Ariel.
- (2003), 'Europeanisation, mesogovernments and safety nets', *European Journal of Political Research*, 42(2): 185-199.
- Moreno, Luis; Arriba, Ana y Serrano, Araceli (1998), 'Multiple Identities in Decentralised Spain: The Case of Catalonia', *Regional and Federal Studies*, 8(3): 65-88.
- McLuhan, Marshall y Powers, Bruce R. (1989), *The Global Village: Transformations in World Life and Media in the 21st Century*. Oxford: Oxford University Press.
- Norris, Pippa (2000), 'Global Governance and Cosmopolitan Citizens', en Nye, John S. and Donahue, John D. (eds.), *Governance in a Globalizing World*, pp. 155-77. Washington, DC: Brookings Institution Press.
- Rudolph, Jr., Joseph R. y Thompson, J. Robert (1992), *Política etnoterritorial. Desafíos en las democracias occidentales*. Barcelona: Pomares-Corredor.
- Safran, William y Máiz, Ramón (eds.) (2002), *Identidad y autogobierno en sociedades multiculturales*. Barcelona: Ariel.
- Schmidt, Vivien A. (1995), 'The New World Order, Incorporated. The Rise of Business and the Decline of the Nation-State', *Daedalus*, 124(2): 75-106.
- Smith, Anthony (1991), *National Identity*. Londres: Penguin.
- Strange, Susan (1995), 'The Limits of Politics', *Government and Opposition*, 30(3): 291-311.

Tamir, Yael (1993), *Liberal Nationalism*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Taylor, Charles (1992), *Multiculturalism and 'The Politics of Recognition': An Essay*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.

Taylor-Gooby, Peter (ed.) (2001), *Welfare States under Pressure*. Londres: Sage.

Van Hecke, Steven (2003), 'The Principle of Subsidiarity: Ten Years of Application in the European Union', *Regional and Federal Studies*, 14(1): 55-80.

Walzer, Michael (1997), *On toleration*. New Haven, Conn.: Yale University Press.

Wallerstein, Immanuel, (1979, 1984), *El moderno sistema mundial* (Vols 1 y 2),. Madrid: Siglo XXI.

--(1984), 'Household Structures and Labor-force Formation in the Capitalist World-Economy', en Smith, Joan, Wallerstein, Immanuel y Evers, Hans-Dieter (eds.), *Households and the World Economy*, pp. 17-22. Beverly Hills: Sage.

Fuente: Digital CSIC, Ciencia en Abierto [en línea]

<http://hdl.handle.net/10261/1615>